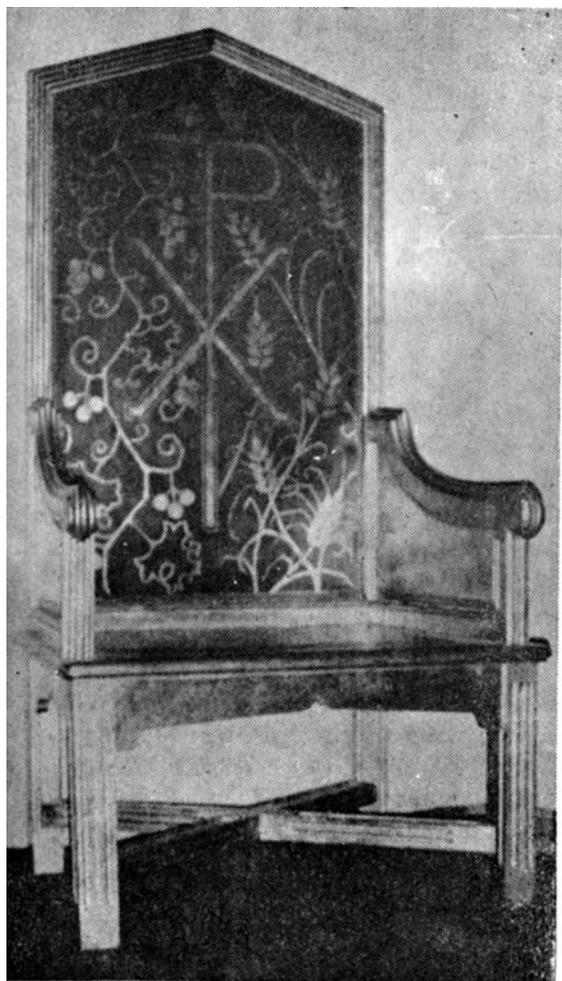


Cuaresma y Semana Santa

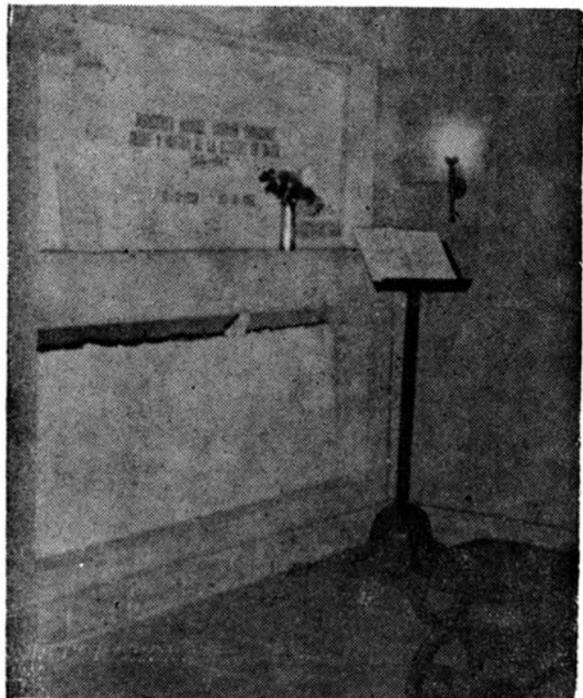
Las Pastorales de Cuaresma y Semana Santa parecen ser un tejido compacto; en él se entrecruzan constantemente la atención solícita a la Palabra de Dios, presente en la Escritura, con la mirada vigilante al mundo: sus gozos y esperanzas, sus penas y angustias son intensamente asumidos a la luz de los santos misterios.

Las formas de la piedad popular no son rechazadas o bruscamente sustituidas por las depuradas expresiones de la Liturgia, pero sí discernidas, orientadas, interpretadas.

Antífonas y frases cortas de los oficios de estos días, parecen ser los testigos de la meditación silenciosa, de la contemplación prolongada, que le dan la vida a los textos.



Sillón episcopal de la Catedral de Talca, que frecuentó por años el Obispo.



Atril con la Palabra de vida junto a la tumba de Don Manuel, en su Catedral.

CUARESMA
ORACION Y PENITENCIA (1)
(16 - II - 1942)

El próximo miércoles, llamado de Cenizas, se inicia la Santa Cuaresma.

La Iglesia vela afanosa por el alma de sus hijos. Constantemente los exhorta a levantarse sobre las materialidades de la vida y a acercarse más y más al ideal de toda perfección que es Jesús.

A través del año y bajo formas diversas va repitiendo la misma exhortación. Pero la de la Cuaresma parece tener el carácter de un llamado más urgente.

“Hay que despojarse del hombre viejo”, según la expresión de San Pablo, “y revestirse del hombre nuevo creado en la justicia, la santidad y la verdad” (2). Para esto se necesita de dos armas principales: la oración y la mortificación. Y son precisamente éstas las que la Iglesia nos señala en el tiempo de Cuaresma que se inicia.

Tiempo de más oración para escuchar la Palabra de Dios y meditar en ella. Tiempo de penitencia en el cual, por el cumplimiento fiel de la ley del ayuno y la abstinencia, “los vicios se refrenan y la mente se eleva” (3). Tiempo de perfeccionamiento interior, de disciplina del cuerpo y del espíritu, de combate que ha de conducirnos a la anhelada victoria.

El pensamiento de los grandes misterios de la Redención, la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, ayudan al cristiano en esta etapa de la vida espiritual. Hay que morir con Cristo para resucitar con El. Hay que ir por el camino de la luz a la gloria. El dolor de la penitencia ha de abrirnos la puerta a las purísimas dichas de la Pascua de Resurrección... Cuarenta días ayunó Jesús en el desierto, cuarenta años peregrinaron los israelitas antes de entrar a la tierra de promisión. Recuerdo y símbolo de estos periodos es la Cuaresma Cristiana.

Santifiquémosla con la fiel observancia de las prescripciones de la Iglesia. Hagamos de esta época un tiempo de más oración. Cumplamos la ley del ayuno y abstinencia. Apartémonos del bullicio de las cosas mundanas y entremos un poco en el interior de nuestro espíritu a gustar de esa “vida escondida con Cristo en Dios” (4).

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Col. 3*, 9 - 10.

(3) Prefacio de Cuaresma.

(4) *Col. 3*, 3.

Recuerdo a los fieles que los Viernes de Cuaresma, son días de abstinencia, lo mismo que el próximo Miércoles de Cenizas. No se puede comer carne en esos días. Las personas mayores de 21 años están obligadas igualmente al ayuno. Los Miércoles de Cuaresma, para las personas menores de 21 años son días de ayuno sin abstinencia, o sea, pueden comer carne a la hora de almuerzo, no así en la comida, en que ha de tomarse una ligera colación en la cual no entre carne ni pescado. Igualmente en día de ayuno no se puede tomar once (salvo un pequeño refresco sin nada sólido) y el desayuno debe ser algo ligero (té o café, por ejemplo, con una pequeña cantidad de leche).

La noticia aparecida meses atrás en los periódicos de que el Santo Padre había dispensado de la ley de ayuno y abstinencia, se refiere únicamente a los pueblos de Europa en guerra, por las razones obvias que todos comprenden.

CUARESMA
ORACION Y PENITENCIA EN AÑO SANTO (1)
(III - 1950)

Hace pocos meses, os recordábamos, usando las palabras de Su Santidad, que este Año Santo debía ser el "año del gran retorno y del gran perdón".

Hoy queremos hablaros de dos medios importantísimos para lograr este fin: la oración y la penitencia.

I. Gravedad de los tiempos.

Nadie que estudie con ánimo sereno los signos de los tiempos actuales puede dejar de medir su extraordinaria gravedad.

Sería hacerse reo de ligereza imperdonable el no mirar las hondas heridas que nuestra edad encierra.

En primer lugar, el imperio del más hondo materialismo.

Bajo formas y sistemas diversos el mundo actual asiste a la negación del espíritu y a la exaltación brutal de la materia.

(1) Carta pastoral de Cuaresma.

El comunismo, expresión económica, política y social del materialismo histórico, domina una parte no pequeña del mundo y pretende imponer su imperio sobre el resto, en el cual deja sentir constantemente su infiltración **malsana**.

El capitalismo, por otra parte, responde a una concepción igualmente atea y laica de la economía y de la sociedad, y ha creado, precisamente en el seno de los países hostiles al comunismo, otra forma de materialismo, no menos opuesto que el primero a la idea cristiana.

Unese a esto, como consecuencia lógica y fatal, el desborde terrible de las costumbres que hace pensar en la bíblica frase que precedió al Diluvio de que "toda carne había corrompido su camino" (2).

De otra parte, y esto es lo que más nos duele, muchos católicos en una forma u otra se dejan influenciar por este ambiente malsano y corruptor.

Son aquellos que, aún cuando aceptan y proclaman las verdades de la fe cristiana, han perdido el sentido sobrenatural y divino de la vida, los que, aún cuando aceptan la existencia de una vida futura, miran el mundo como único objetivo y meta de sus afanes, los que consideran a la Iglesia, únicamente como la sociedad que les garantiza su salvación y no como el organismo sobrenatural que les distribuye la Verdad y la Vida de Cristo a sus almas.

Consecuencia necesaria de esta situación es la inconciencia de su responsabilidad con que buena parte de los cristianos viven, y a los cuales habría que repetir la palabra terrible del Profeta: "Sordos, oíd; y ciegos, ved" (3).

Así cegados y desorientados, no es raro que los hombres de nuestro tiempo, y entre ellos, no pocos cristianos, vayan a buscar la solución a los males presentes, donde esta solución no se encuentra.

Quienes ven la solución en otra guerra y se preparan a ella con las armas más mortíferas que es posible imaginar.

Quienes creen que con la mera represión externa van a poder detener los males que amenazan a la humanidad.

Quienes buscan en las solas fuerzas humanas, llaméanse soluciones económicas, políticas o reformas sociales, el medio de poder reconstruir un mundo que se estremece y gime precisamente por habérsele arrancado sus fundamentos espirituales y eternos.

Es ahora especialmente cuando los cristianos debemos pensar y decir que lo que falta al mundo actual es Dios; que los **males que hoy sufrimos** son las trágicas y fatales consecuencias de haber arrancado a la humanidad sus cimientos eternos; que si "el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la levantan"; y que el dilema perentorio y terrible es éste: **O SOMETERSE A DIOS O PERECER.**

El gran retorno.

El Salmo 106 nos indica la base indispensable de solución a estos males: "Clamaron al Señor y los libró de sus necesidades".

(2) Gn. 6, 12.

(3) Is. 42, 18.

El mundo debe volver arrepentido al Dios de quien culpablemente se ha alejado.

Es el gran retorno.

La historia del pueblo escogido, es no sólo la narración verdadera de un hecho pretérito, sino también la lección de una conducta y el símbolo de una actitud.

Cada vez que Israel se alejó de su Dios, sintió en su propia carne la amargura de su apostasía.

Y cada vez que quiso buscar remedio fue en su retorno penitente al Señor donde lo obtuvo.

Tal es también nuestra única salvación.

Es contra Dios contra quien hemos pecado y es sólo retornando a El como seremos salvos.

Ante un mundo que únicamente quiso saber de los derechos del hombre, es necesario proclamar la fuerza incommovible de los derechos de Dios.

Y ese Dios es Padre de misericordia y Señor de todo consuelo.

Y como respuesta al gran retorno nos ofrece en la inmensa efusión de su bondad infinita, EL GRAN PERDON.

EL GRAN RETORNO Y EL GRAN PERDON.

He aquí la suprema esperanza de nuestros angustiados tiempos.

Pero la conversión del mundo a Dios es fruto de la gracia.

Y la gracia se obtiene con penitencia y oración.

Es a esa penitencia y oración a la que os llamo en esta Santa Cuaresma.

II. *Espíritu de Penitencia.*

La palabra es amarga y al mundo moderno no le agrada escucharla. Y sin embargo, hay que repetir aunque desagrede, la predicación del Profeta Jonás: "Si no hacéis penitencia; todos vosotros pereceréis" (4).

El pecado es un placer indebido contrario a las órdenes de Dios. Hay en él un doble elemento: ultraje al Creador y ejecución de algo prohibido.

Todo ultraje exige una satisfacción.

"Cuando se injuria a alguien, dice S. Gregorio, no basta para satisfacerlo el terminar las injurias que le decimos, sino además, la justicia nos ordena el darle reparación" (5) .

Cristo Nuestro Señor tomó sobre sí esta tarea redentora, y voluntariamente se hizo "propiciación por nuestros pecados" (6).

El cristiano que comunica a la vida de Cristo, debe en consecuencia, participar de esta función expiadora.

Magníficamente nos recordaba este deber Su Santidad Pío XI:

(4) Cfr. *Lc.* 13, 5.

(5) *Past.* III. Part., Cap. XXX.

(6) *1 Jn.* 4, 10.

“El deber, decía, de la reparación y de la expiación se impone en virtud de un motivo aún más imperioso de justicia y de amor; de justicia, ante todo” (7).

El espíritu de mortificación y penitencia es de la esencia del Cristianismo.

Esto deben oírlo claramente los cristianos.

Somos discípulos de un Dios Crucificado.

La gran condición del seguimiento a Cristo está claramente expresada en el Evangelio:

“Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, *tome su Cruz* y sígame” (8).

El espíritu del Cristianismo es de deber, abnegación, renunciamiento.

El del mundo es de placer, sensualidad, y olvido de sus obligaciones.

El dilema es claro: “No se puede servir a dos Señores” (9).

“El que no carga su Cruz cada día, no puede ser mi discípulo” (10), dice Jesús.

Al llamarnos a ese espíritu de penitencia no os predico nada nuevo. Os recuerdo solamente la palabra precisa y tajante del Señor.

Oídllo bien.

Lo que precipita a los pueblos a su ruina, no son las amenazas de fuera sino las corrupciones de dentro.

La historia de la decadencia y ruina de los pueblos está ahí para probarlo.

Si el católico, cree que puede armonizar su fe con una vida de inmortificación y placer, está profundamente errado.

O se sigue a Jesucristo y su Cruz, o se sigue al mundo y sus sensualidades.

Por eso os llamo a penitencia.

A la penitencia obligatoria de una vida sobria, del sentido hondo del deber, de cumplimiento constante de sus obligaciones.

A penitencia voluntaria de privación de muchas cosas innecesarias.

A una vida más conforme con el espíritu del Evangelio de Cristo.

Llamo a las almas generosas a ofrecer al Señor todas aquellas mortificaciones que o la vida nos ofrece, o libremente se imponen para aplacar la Justicia Divina ofendida, para reparar por los pecados de la humanidad, para atraer sobre el mundo convulsionado la paz, para hacer descender sobre Chile todas aquellas gracias necesarias a un crecimiento y afianzamiento mayor del espíritu cristiano.

III. *Espíritu de oración.*

Y junto a la penitencia la oración.

Cristo Nuestro Señor, mostrándonos Su Corazón, nos invita a confiar en El.

(7) Encíclica *Miserentissimus Redemptor*.

(8) *Mt. 16, 24.*

(9) *Mt. 6, 4.*

(10) *Lc. 14, 27.*

Nos recuerda Su Palabra: "todo lo que pidiéramos al Padre en Su Nombre, nos será concedido" (11).

Nos insiste en su llamado "Orad sin intermisión" (12).

Nos habla de la necesidad de poner en El nuestra confianza.

El amor misericordioso de Cristo se derramará sobre el mundo si nosotros, con nuestras oraciones, sabemos impetrarlo.

Yo invito por esta Carta Pastoral a todos los fieles de la Diócesis a realizar en este Año Santo este *programa mínimo* de piedad:

1º) El asistir el menos una vez por semana fuera de la Misa Dominical que es de precepto, a la Santa Misa y, en cuanto puedan acercarse en ella a la Sagrada Comunión en espíritu de reparación y expiación.

2º) El celebrar con especial piedad la devoción del Primer Viernes del Mes, comulgando ese día, y haciendo el ejercicio de la Hora Santa o al menos una Visita de Adoración al Santísimo Sacramento.

3º) El rezo diario del Sto. Rosario pidiendo al Corazón Inmaculado de María alcance para la humanidad extraviada la gracia del "gran retorno y del gran perdón".

Yo ruego a los señores sacerdotes, especialmente a los párrocos, religiosos y religiosas, promuevan con todo empeño entre las almas a su cuidado este sencillo plan aquí expuesto:

Amados hijos:

Se acerca el tiempo especialmente santo en que conmemoraremos los grandes Misterios de la Redención.

Su Santidad el Papa, el 12 de este mes, pide a los Obispos el iniciar el próximo domingo 26 de marzo, Dominica de Pasión, una Cruzada de Oraciones y Penitencia por la paz del mundo, la que sólo podrá lograrse por el retorno pleno, sincero y práctico a Jesucristo y a su Iglesia.

En cumplimiento de este deseo de nuestro amado Pontífice, y en realización práctica de lo que antes os hemos hablado, venimos en disponer lo siguiente:

1. Exhórtase a los fieles a iniciar desde el Domingo 26 del presente, una intensa *Cruzada de Oración y Penitencia* para alcanzar de Dios "el gran retorno y el gran perdón".

2. En todas las Parroquias de la Diócesis, celébrese:

a) El Jueves Santo una Solemne Hora Santa, pidiendo por las necesidades indicadas y por las vocaciones sacerdotales.

b) El Viernes Santo, un Solemne Vía Crucis público de reparación y penitencia. En la ciudad de Talca, se congregarán las seis parroquias de la ciudad en la Plaza de Armas a las 7 P. M.

c) Organícese desde ahora una numerosa Comunión Pascual, y tome esta labor la Acción Católica, como una de sus principales actividades.

(11) Cfr. Jn. 16, 23.

(12) Cfr. Lc. 18, 1.

d) Desde ahora invitamos a los hombres de Talca a concurrir al Retiro Espiritual que tendrá lugar los días 7 y 8 de abril en la Capilla del Liceo Blanco Encalada.

3. Dejamos como plan permanente para todo el año la Cruzada de Oración más arriba indicada.

4. Pedimos a los fieles el celebrar cristianamente el tiempo de Semana Santa, el no hacer de esos días tan sagrados, días de excursión, el cumplir estrictamente el precepto del ayuno y abstinencia, el imponerse voluntariamente algunas privaciones, el meditar la responsabilidad que nos cabe en acelerar el reinado de amor de Jesucristo.

Nuestras oraciones, nuestras reparaciones, nuestro apostolado y nuestra acción, harán que confiadamente esperemos que el amor de Cristo triunfará sobre el odio, Su Verdad sobre el error y la mentira, Su Gracia sobre el pecado y la maldad y así, esta Pascua de 1950, marque el inicio del gran retorno y del gran perdón.

Os bendice de corazón vuestro Obispo, en el Nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

MIERCOLES DE CENIZA (1)
(26 - II - 1941)

Hoy, sobre la frente de los católicos, la Iglesia deposita la simbólica ceniza mientras las bíblicas palabras resuenan en los oídos, recordando nuestro destino:

“Acuérdate hombre que eres polvo y que en polvo te has de convertir” (2).

Comienza con este día el tiempo litúrgico de la sagrada Cuaresma, época en la cual la Iglesia nos invita en modo especial a la penitencia y a la oración. Penitencia que purifica, oración que eleva, recogimiento que concentra, he aquí el espíritu que anima a este sagrado tiempo.

La penitencia tiende a disciplinar al hombre en su ser entero, restableciendo el maravilloso equilibrio en el cual fue creado.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) Alusión a la imagen bíblica de *Gén. 3, 19*.

Para ello es necesario el triunfo de la voluntad sobre el instinto, de la razón sobre las pasiones, de la gracia sobre el hombre animal y esto lo logra la mortificación. Sin ella las fuerzas más puras del alma se pierden y el hombre más fuerte desciende hacia los abismos del mal.

Cristo nos enseñó el valor de la mortificación y la Iglesia especialmente nos lo recuerda en este tiempo.

La observancia fiel de las leyes del ayuno y la abstinencia es el medio principal como el cristiano cumple con este deber de la penitencia.

Junto a ella la oración.

La oración es la elevación del espíritu hacia Dios. Es el gemido en secreto del alma que se exhala hacia la altura. Es sobre todo para el cristiano la conversación amorosa y filial con el Padre de los Cielos.

El mundo moderno entregado y derramado totalmente fuera de sí mismo necesita especialmente de la oración. La Cuaresma es un llamado insistente hacia el recogimiento, la meditación y la plegaria.

El alma moderna atormentada e inquieta necesita el entrar dentro de sí misma y el ir a buscar en más serenas alturas la paz que el mundo no le puede dar.

Sea esta Cuaresma que hoy se inicia, tiempo de disciplina de la voluntad por la penitencia, de elevación del espíritu por la oración y de serena reflexión por el recogimiento para que de esta suerte encuentre el alma de este siglo, su verdadero camino y el secreto profundo de su dicha.

SEMANA SANTA (1) (18 - IV - 1943)

La Semana Mayor, la Semana Santa, se inicia hoy día. El largo recorrido de la Cuaresma se acerca a su término. El misterio de la Redención se avecina a su fase culminante; Cristo va a la muerte para redimirnos del pecado y resucitado nos da la vida divina que por los sacramentos comunica a nuestras almas.

Son días de honda meditación para el cristiano, que en la Pasión y Muerte de Jesús contempla hasta dónde llega el amor de Dios hacia nosotros. Son días de purificación de nuestras culpas, de verdadera elevación

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

hacia Aquél que es la vida. La Iglesia al establecerlos como días de fiesta no pretende hacer de ellos un tiempo de vacaciones sino de santificación de nuestras almas. El cristiano no tiene derecho a profanar con su conducta ligera por superficial el recuerdo del drama más hondo de la humanidad, y del misterio más alto de su fe.

Es necesario celebrar la Semana Santa, santamente. Por esto amados fieles, os dirijo estas palabras, para recordaros que estos días deben ser de penitencia y oración. Penitencia que nos purifique de nuestras faltas y oración que nos acerque a Dios.

Quiero de una manera especial invitaros a los principales actos litúrgicos de esta Semana que hoy se inicia.

El Jueves conmemoraremos la institución de la Sagrada Eucaristía y del Sacerdocio. Siempre este día debe despertar en el cristiano el pensamiento del Sacramento del amor. ¡Con cuánta razón debe serlo para nosotros en este año en que nos preparamos a nuestro primer Congreso Eucarístico Diocesano!

Os aconsejo revivir la padosa y tradicional costumbre de las llamadas "*estaciones*" o visitas a los monumentos en los diversos templos, para adorar a Jesús en su Sacramento. Muy de desear sería que las parroquias, colegios y asociaciones piadosas organizaran peregrinaciones para hacer conjuntamente estas visitas.

El mismo Jueves Santo a las 9.30 P. M. tendrá lugar en la Parroquia del Sagrario, la Solemne Hora Santa que personalmente predicaremos y que queremos sea el primer acto público de adhesión al Congreso Eucarístico Diocesano.

El Viernes Santo a las 7.30 tendrá lugar como en años anteriores el Solemne Vía Crucis alrededor de la Plaza de Armas, la asistencia al cual pedimos en forma encarecida como un solemne acto de expiación y una ardiente súplica por la paz del mundo.

El Domingo, Fiesta de Pascua de Resurrección, la primera de las festividades de la Iglesia, tendrá lugar a las 10 A. M., la Solemne Misa Pontifical. En este "día que hizo el Señor" (2) desearíamos vernos rodeados del mayor número de nuestros queridos diocesanos, para que juntamente unidos a la Sagrada Liturgia de la Iglesia, diéramos gracias a Dios por el beneficio de la Redención y participáramos con abundancia de las gracias pascales.

La Iglesia quiere que sus fieles en el mayor número posible se acerquen a comulgar en ese día y los que por grave causa no pudieran hacerlo, al menos lo hagan en el tiempo pascual, que es el establecido para el cumplimiento de la Iglesia.

Os exhorto, amados fieles, a celebrar con fervor y recogimiento los grandes misterios de nuestra fe que hoy se inician. Son días de meditación honda, de sincero esfuerzo, de santificación, de comprensión clara de nuestros deberes de cristiano. Sean sobre todo el trabajo efectivo por hacer que la gracia de Cristo reine en nuestras almas, su verdad en nuestras mentes y su caridad en nuestros corazones.

(2) *Sl.* 117, 24.

SEMANA SANTA (1)
(24 - III - 1945)

Amados fieles:

Se inicia hoy la Semana, que por los grandes misterios que conmemora, se la llama con razón, Santa. En ella la Iglesia recuerda y revive el misterio de la Redención:

“Dios amó tanto al hombre que le dio su Hijo Unigénito para que todo el que crea en El tenga la vida” (2) y Cristo Nuestro Señor “habiéndolo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (3).

Una cruz sobre el monte y pendiente en ella el Dios hecho Hombre nos hablan de la grandeza de ese amor.

La Iglesia en su liturgia nos hace revivir durante esta semana, aquellas grandes escenas en las cuales nuestra redención se realiza.

Para un cristiano, permanecer indiferente a estos recuerdos y lo que es peor, servirse en estos días para darse a frivolidades o paseos constituye un desconocimiento de su fe y un ultraje a la memoria del Dios que muere por su amor.

Desgraciadamente hay muchos que llamándose cristianos profanan con su conducta este tiempo, que debiera ser de santificación y de verdadero acercamiento a Jesucristo.

Os invitamos, amados hijos, a celebrar piadosa y santamente estos días que han de prepararnos a la Fiesta de la Resurrección del Señor “solemnidad de las solemnidades” y día en el cual nuestras almas, por la fervorosa Comunión Pascual, han de resucitar a la verdadera vida de intimidad con Cristo.

Con el fin de celebrar santamente esta Semana Mayor, queremos insistir en los siguientes puntos:

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 2.

(2) *Jn.* 3, 16.

(3) *Jn.* 13, 1.

1. Los días Lunes, Martes y Miércoles, predicaremos en la Iglesia Parroquial del Sagrario a las 7.30 P. M., tres conferencias sobre "Jesucristo en la vida del cristiano". Desearíamos la mayor asistencia de fieles a estos actos preparatorios a las grandes solemnidades litúrgicas que se inician el Jueves.

2. Pedimos en la forma más insistente posible que el Jueves Santo, los fieles se unan a la Iglesia, que en ese día conmemora la Institución del Sacramento de la Eucaristía y con este fin se acerquen a la Sagrada Comunión y visten durante el día los "Monumentos". El Jueves Santo, a las 10 de la noche, saldrá desde la Parroquia del Sagrario la romería de los hombres y jóvenes a visitar los monumentos en los siguientes templos:

Sagrario, Adoratrices, San Francisco, Santo Domingo, La Merced, San Juan de Dios y Corazón de María. Invitamos a todos los hombres y jóvenes católicos de Talca a este acto que nosotros mismos presidiremos.

3. Los días Viernes y Sábado Santos habrá ejercicios espirituales para hombres y jóvenes en la Casa de Ejercicios anexa al Seminario.

Ambos retiros estarán a cargo de distinguidos predicadores de la capital. Los que deseen inscribirse para asistir a ellos pueden solicitar datos en el Obispado.

Os invitamos a concurrir a estos retiros tan necesarios para la elevación de nuestro espíritu y la mejor cultura de nuestra fe.

4. El Viernes Santo tendrá lugar en la Plaza de Armas de la ciudad, a las 8 P. M., el tradicional Vía Crucis, al cual invitamos también a todos los fieles a fin de asociarnos a los dolores redentores de Jesús y público testimonio de nuestro amor hacia El.

5. Por último, os recomendamos que el Domingo de Pascua de Resurrección es la solemnidad más grande que la Iglesia celebra: "*el día que ha hecho el Señor*" y que en esa fecha y durante el tiempo que le sigue es la época del cumplimiento con la Iglesia. Deseamos que el mayor número de fieles haga en ese día su Comunión Pascual y cumplan, en esta forma, el segundo precepto de la Iglesia.

Os invitamos a la solemne Misa Pontifical que celebraremos ese día a las 10.30 en la Iglesia Parroquial del Sagrario, para unirnos así en la forma más perfecta al júbilo de la Iglesia y a su oración de alabanza a Cristo Resucitado.

Celebremos amados hijos, santamente los días de la Semana Santa que se inicia. Sea intenso nuestro fervor, sea ejemplar nuestra conducta, sea nuestra vida afirmación elocuente de que "creemos en el amor que Cristo nos ha tenido".

Os bendice paternalmente vuestro prelado (4).

(4) Artículos muy semejantes a éste se encuentran casi todos los años en Circulares que aparecen, frecuentemente en D. M.

SEMANA SANTA (1)
(21 - III - 1948)

Hoy domingo 21, se inicia la Semana Santa que, por los misterios que en ella se celebran, llamamos, con razón, Santa.

En ella conmemoraremos la obra redentora de Jesús. Ella nos recuerda la grandeza de su amor, probada en la cruz y en la Eucaristía. Ella también nos prepara al misterio central del Cristiano, de la Resurrección.

Queremos llamar vuestra atención a la necesidad de una devota y cristiana celebración de estos días.

La Semana Santa no es un tiempo de vacaciones o distracciones mundanas. Considerarlo así será profanarla.

Debemos santificarla celebrándola cristianamente.

Para ello debemos, en primer lugar, concurrir a los oficios de esos días.

El Jueves Santo conmemora la Iglesia la Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio.

Acerquémonos a comulgar devotamente y visitemos ese día a Jesús Sacramentado en la llamada "visita a los monumentos".

Os invitamos también en ese día a una "Hora Santa" en recuerdo de la Institución del Sacerdocio, que tendrá lugar a las 7 P. M. en el Sagrario.

El Viernes Santo asistamos a los oficios de la mañana y al mediodía al ejercicio de las tres horas y en la tarde a las 7, al solemne Vía Crucis que tendrá lugar en la Plaza de Armas de esta ciudad.

El Sábado Santo concurramos a los oficios que nos prepararán a la gran fiesta de la Resurrección.

El Domingo, Pascua de Resurrección, solemnidad de las solemnidades, día que hizo el Señor, hagamos nuestra fervorosa Comunión Pascual, cumpliendo así con el 2º precepto de la Iglesia.

Os invitamos a concurrir a la solemne Misa Pontifical que ese día oficiaremos en la Parroquia del Sagrario.

Santificad este tiempo guardando fielmente el ayuno y la abstinencia prescritos por la Iglesia.

La penitencia nos vivifica, nos levanta y repara ante la Justicia Divina las faltas de la humanidad.

Sea, pues, la Semana Santa, para todos los católicos, tiempo de renovación y perfeccionamiento y logre ella prepararnos al misterio de vida y santidad que es la Resurrección de Cristo, y al cual participaremos por nuestra devota Comunión Pascual.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 2.

SEMANA SANTA
REFORMA DE LA LITURGIA (1)
(II - 1956)

Amados fieles:

1. El cristianismo gira todo entero alrededor de la persona de Jesús. Ser cristiano es adherir íntegramente a esa persona. A su doctrina, para hacerla base de nuestro pensamiento. A sus ejemplos, para hacerlos modelos de nuestros actos. A su vida, para reproducirla, viviéndola en la nuestra.

El ideal de la perfección cristiana es la imitación de Cristo, que nos lleve a una cierta transformación en El. "Vivo, pero no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí" (2), nos dice San Pablo.

La asimilación y transformación en Cristo se realiza de un modo especial por el Año Litúrgico. La Iglesia a través de cada año, reproduce en su liturgia los grandes misterios de la vida de Jesús. Y esa renovación, al realizarse a través de la Sagrada Eucaristía, adquiere una realidad y una actualidad extraordinarias. No estamos sólo recordando un hecho histórico ya pasado, sino viviendo en cada uno de nosotros la realidad siempre presente de ese misterio de Cristo.

De ahí que el cambio más seguro para nuestra formación cristiana es la participación inteligente y viva en las grandes festividades y tiempos del Año Litúrgico y de la Iglesia.

Podemos, sin exageración, decir que el Año Litúrgico es como un curso siempre abierto donde el cristiano aprende las grandes verdades de su religión.

"Cada año, la Iglesia nos hace ver a Cristo, niño en la cuna, ayunando en la montaña, ofreciéndose en la cruz, resucitando del sepulcro, fundando su Iglesia e instituyendo sus sacramentos, remontando a la diestra del Padre y enviando el Espíritu Santo a los hombres; y las gracias de estos divinos misterios se vuelven a reavivar en Ella" (3).

Añadamos, más aún: ahí encontramos el camino más seguro de santificación. Es la suprema autoridad de S. S. Pío X, quien nos dice que:

"La fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano es la participación activa de los fieles a la oración pública de la Iglesia" (4).

(1) Se refiere al Decreto de la Sgda. Congregación de Ritos, del 16 - XI - 1955. Publicado en D. M. del 23 al 25 - III - 1956, p. 4.

(2) Ga. 2, 20.

(3) Dom. Guéranguer.

(4) *Inter Pastorales*, 1903.

¿Necesitamos añadir más? Únicamente lamentar el que los fieles no comprendan ni participen suficientemente en esta forma práctica y activa de incorporación a Cristo y renovación de sus misterios salvadores.

2. Centro de todo el Año Litúrgico, es la festividad de Pascua de Resurrección. Es el "día que ha hecho el Señor" (5). El gran misterio de nuestra fe, la base inmovible de nuestra creencia y de nuestra esperanza.

Todo el culto cristiano, podemos decir, es en cierta manera una celebración continua de la Pascua. Es el paso de la muerte a la vida, es el morir al hombre viejo, para revivir en el nuevo, que nunca muere.

"Pascua es Cristo muerto y resucitado, una vez que nos hace morir en su muerte y nos resucita en su vida" (6).

Es la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, la Comunidad Cristiana toda entera y cada uno de sus miembros, la que en la celebración del Misterio de Pascua se extiende en la Cruz, muere, desciende a la tumba y resurge gloriosa al tercer día.

De ahí que la celebración cristiana de la Pascua sea algo de importancia trascendental en la vida cristiana.

No es tan sólo una verdad la que ahí se enseña. Es una realidad la que ahí se vive.

De ahí, igualmente, que la Iglesia haya querido destacar en forma extraordinaria la celebración del misterio pascual, que culmina en la Semana Santa. Es esta verdad la que el reciente Decreto de la Santa Sede "*Máxima redemptionis nostrae mysteria*" ha querido poner en especial relieve:

"los más grandes misterios de nuestra Redención, nos dice el documento aludido, es decir, la Pascua, la muerte y la resurrección de N. S. J. C., fueron celebrados por la Santa Madre Iglesia desde la edad apostólica con singular recordación" (7).

Es el origen de la semana que, con razón, llamamos santa.

Los ritos de esta semana, especialmente los de los tres últimos días, Jueves, Viernes y Sábado, además de la piedad profunda que encierran y de la riqueza de sus ceremonias y plegarias, tienen un inmenso poder de santificación y están dirigidos a hacernos vivir en la forma más íntima y profunda el gran drama de nuestra redención.

"En un principio se celebraron en los mismos días y a la misma hora en que habían ocurrido los misterios que en ella se celebraban. Por lo tanto, la institución de la Santísima Eucaristía era conmemorada al ano-

(5) *Sl.* 117, 24.

(6) Cita referida al P. Bouyer, Profesor de Liturgia en el Instituto Católico de París, escritor habitual en la revista *La Maison - Dieu*, que tiene importantes publicaciones en el campo de la espiritualidad.

(7) Decr. S. C. de Ritos, 16 - XI - 1955.

cheer del jueves con la Misa solemne "in coena Domini"; el viernes por la tarde tenía lugar una función litúrgica especial, en conmemoración de la pascua y la muerte del Señor; y al anochecer del sábado, se daba principio a la solemne vigilia que terminaba en la mañana siguiente con la alegría de la Resurrección".

"Sucedió, empero, durante la Edad Media, que por diversas causas, se empezó a anticipar la hora de las funciones litúrgicas de dichos días, de modo que, a fines de la misma, todas estas solemnes celebraciones se encontraron trasladadas a las horas de la mañana con evidente perjuicio de su sentido litúrgico y originando así un contraste entre el relato de los evangelios y sus correspondientes celebraciones litúrgicas" (8).

Esto se hizo notar especialmente el Sábado Santo, perdiendo este día el carácter de luto en recuerdo de la sepultura del Señor, y perdiendo igualmente la vigilia pascual el significado de sus fórmulas y ritos, que tienen el carácter de nocturno.

Todas estas razones y, sobre todo el deseo de hacer que la Semana Santa y, de un modo especial la vigilia pascual, tengan todo el valor que la sagrada liturgia le confiere, movió a numerosos Obispos, sacerdotes y fieles a pedir a la Santa Sede el que los Oficios de la Semana Santa fueran restituidos a la hora y a la significación primera. Su Santidad, después de maduro examen, ha dado el Decreto antes citado, por el cual se reforma la liturgia de la Semana Santa. En toda la historia litúrgica, quizás no exista un acontecimiento que pueda compararse en importancia con este Decreto. A continuación, explicamos brevemente, esta reforma, pero antes de hacerlo queremos, amados fieles, insistiros en la importancia que esta reforma tiene y las finalidades que persigue: el hacernos vivir lo más fielmente posible los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo y, de esta manera, llevarnos a una verdadera renovación de nuestra vida cristiana.

1. DOMINGO DE RAMOS

En el inicio de la Semana Santa está el Domingo de Ramos.

La Liturgia de ese día puede dividirse en dos partes principales: la bendición y procesión de Ramos y la Misa.

La Bendición de Ramos, se ha reducido en la actual reforma, restituyéndola a su sobriedad primitiva. No es necesario, aunque sí preferible que los ramos sean de palmas u olivas, pudiendo también ser de otros árboles.

Mientras los ramos se distribuyen, el coro canta las antífonas, que nos dan el marco histórico de la escena que se conmemora:

"Los niños de los hebreos, llevando ramos de olivos, fueron al encuentro del Señor, gritando y diciendo: Hosanna en las alturas" (9).

"Los niños de los hebreos arrojaban sus vestidos en el camino y aclamaban diciendo: Hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor" (10).

(8) *Ibid.*

(9) Antífona 1ª del Domingo de Ramos.

(10) Antífona 2ª del Domingo de Ramos.

Para dar una descripción más acabada del hecho, la bendición de los ramos se termina con la lectura del santo Evangelio según S. Mateo (11), en la cual narra la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén.

La reforma actual, que ha simplificado la bendición de los ramos, ha dado en cambio, especial importancia a la procesión que le sigue. Queremos llamar la atención acerca del significado que ésta tiene: es un homenaje público a Cristo Rey, Rey mesiánico.

El pueblo israelita esperaba al Mesías, el enviado del Señor. Toda la historia del pueblo escogido está inspirada en esa idea central, "el que ha de venir" (12). Cristo se presenta como el Mesías. En él se cumplen todas las profecías que lo anunciaban.

Toda su predicación se orienta a comunicar su reinado y con ella el advenimiento del reino de Dios. Pero la ceguera de muchos no quiso reconocerlo. "Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron" (13). Son, sin embargo, los niños, los humildes, los sencillos de corazón, los que comprenden su mensaje. Y la entrada gloriosa a Jerusalén, es el público reconocimiento de Cristo como el Rey Mesías esperado. "Decid a la hija de Sión: "he aquí que viene a tí tu rey, manso, sentado sobre el asno y su pollino" (14).

La procesión de los ramos ha de ser para el pueblo cristiano actual el homenaje a Cristo Rey, al Mesías o enviado de Dios. En ese espíritu ha de practicarse. De ahí la importancia de seguir el espíritu de la liturgia en este día y unirnos a las aclamaciones que ella tributa a Cristo:

"Gloria, alabanza y honor a tí, Rey, Cristo Redentor, a quien el homenaje infantil entonó el piadoso Hosanna".

Podemos añadir a estos cantos oficiales los himnos populares: "Christus vincit" y "Hasta tus plantas".

2. LA SANTA MISA

Se celebra en ornamentos morados, señal de penitencia; nos hace leer la Pasión según S. Mateo. Que esta lectura nos sirva a todos de meditación, pensando en las palabras de S. Pablo: "me amó y se entregó por mí". Y nos lleve a lo que la epístola del día, del mismo Apóstol nos exhorta:

"... a sentir en nosotros lo que siente Jesús, el cual se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le dio un nombre que está sobre todo nombre" (15).

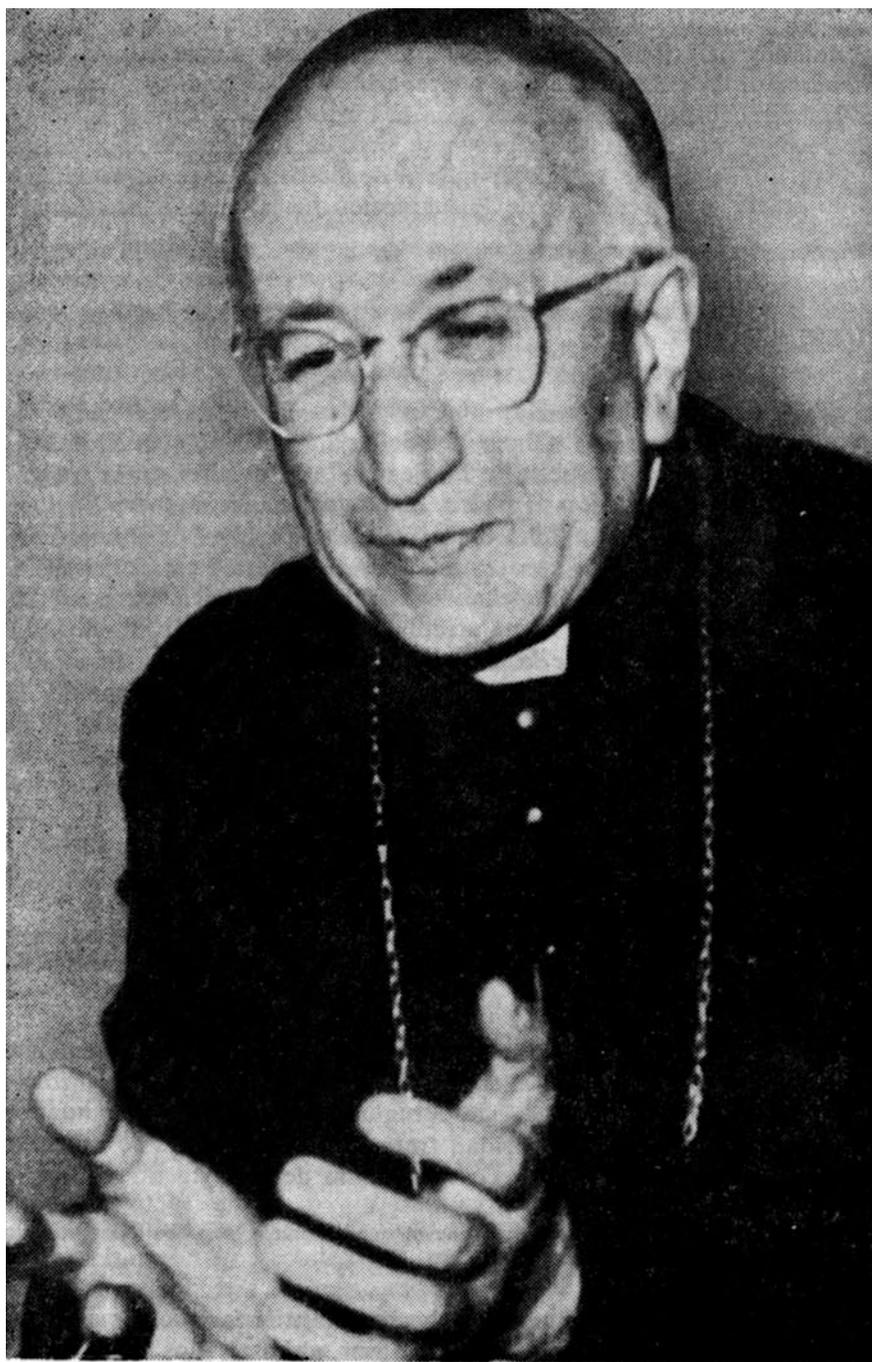
(11) *Mt.* 21, 1 - 9.

(12) *Jn.* 1, 15.

(13) *Jn.* 1, 11.

(14) *Mt.* 21, 5.

(15) *Flp.* 2, 5.



*Vivir la Liturgia del Jueves Santo implica abrir las manos,
en gesto de fraternidad*

3. LUNES, MARTES, MIERCOLES SANTO

Amados fieles, en estos tres días, os invitamos a meditar en los grandes deberes de la vida cristiana y a prepararos a la Comunión Pascual. En todas las parroquias e iglesias, habrá en la tarde de esos días, a la hora que los párrocos y rectores establezcan, una predicación destinada a ponernos en el espíritu de lo que la Iglesia quiere de nosotros en esta semana y el fruto de gracia que la Pascua de Resurrección ha de producir en nuestras almas.

4. JUEVES SANTO

Es la Cena del Señor. Hay una expresión que con frecuencia se encuentra en los Evangelios: "la hora del Señor". Jesús habla, cuando lo quieren aprehender de que "su obra no ha llegado". En cambio, en la víspera de la Cena comienza su oración al Padre, diciendo: "Padre, la hora ha llegado, glorifica a tu Hijo" (16). La "hora de Jesús" es su pasión. Y esa hora comienza el Jueves Santo. En ella va a establecerse la nueva Pascua cristiana. Al cordero que los israelitas inmolvaban en la Pascua judaica, va a sustituirlo Cristo, Cordero de Dios, que viene a redimir los pecados del mundo. El banquete espiritual y fugitivo de la antigua pascua va a ceder su lugar al banquete eucarístico, en el cual Cristo se ofrece por nuestra redención. Es el día en que celebramos la Sgda. Eucaristía. A la Misa de este día se le llama "In Coena Domini", en la Cena del Señor. Esta Misa, que hasta ahora es celebrada en la mañana, ha sido trasladada a las horas vespertinas entre las 5 y 8 de la tarde.

Os invito, amados hijos, a celebrar de este modo el Jueves Santo. Nada más santo en la Iglesia que la Eucaristía. Es la gran acción.

"El sagrado banquete, en que se recibe a Jesucristo, recuerda la memoria de la Pasión, el alma se llena de gracias y se nos da la prenda de la gloria eterna".

Dentro de la Misa, después del Evangelio, tiene lugar la ceremonia llamada "el mandato", en la cual el sacerdote recuerda lo que Jesús hizo y lava los pies a doce hombres. Tiene esta ceremonia el nombre de mandato porque su significado es el de la caridad fraterna y durante ella se canta la antífona que nos recuerda este precepto máximo de la ley:

"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (17).

En ella también se entona esta hermosa antífona, que jamás debiéramos olvidar: "Donde está la caridad y el amor, ahí está Dios". Debemos sen-

(16) *Jn.* 17. 1.

(17) *Jn.* 13, 33.

tir de un modo especial hoy el llamado a la caridad, y recordar que es en la caridad fraterna donde se reconoce el verdadero discípulo de Jesús.

A continuación de la Misa, tiene lugar la adoración del Santísimo Sacramento, comúnmente llamado visita a los monumentos. Esta adoración no debe terminar antes de las doce de la noche y puede prolongarse hasta alrededor de las nueve o diez de la mañana del Viernes Santo, en que el pensamiento de la Eucaristía cede su lugar al de la Pascua y muerte de Jesús.

5. VIERNES SANTO

Es el día de la reconciliación de la Humanidad con Dios. Pero esa inmolación ha exigido la inmolación del Justo. Es el día de la muerte de Jesús. El "servidor de Jehová" (18) de que hablaban los profetas, para quitar los pecados del mundo, ha debido llevar primero el peso de ellos. Hoy día, caso único del año litúrgico, no se celebra el sacrificio eucarístico. Es la señal máxima del duelo de la Iglesia. En cambio tiene lugar el oficio llamado "Misa de presantificados o in Parasceve", nombre judío del viernes anterior a la Pascua.

En este oficio, que antes se hacía en la mañana, pero que a partir de la presente reforma tendrá lugar entre 3 y 6 de la tarde, se pueden distinguir cuatro partes:

La primera, es la lectura de las profecías de Oseas y del Exodo.

La profecía de Oseas alude a la muerte del Hombre-Dios y a su Resurrección. La Cruz no es derrota, sino signo de victoria.

El Exodo nos habla de la institución de la Pascua judaica, símbolo, figura y preparación de la verdadera Pascua cristiana.

Entre ambas profecías viene el canto del tracto, tomado del profeta Habacuc, sobre el juicio divino y el salmo 139, sobre el justo perseguido.

La Iglesia nos va a hacer escuchar el relato de la Pasión según S. Juan, pero no es un simple recuerdo histórico de algo pasado. En boca de la Iglesia este relato adquiere una misteriosa realidad. El Cristo del que el Evangelio nos habla está presente en la Eucaristía. La Pasión que ahí se relata el sacrificio eucarístico la revive y aplica a cada uno de nosotros. El misterio de la Pasión de Cristo no es algo lejano. Cada cristiano ha de vivirlo en su propia vida: "Hemos sido crucificados juntamente con Cristo" (19), nos dice S. Pablo.

"El hombre viejo" (20), es decir el hombre de pecado muere con Cristo para resucitar con él y caminar en una nueva vida". La lectura de la Pasión de Cristo en el Viernes Santo no es una hora de piadosa meditación, sino un programa que hemos de ejercitar en nuestra vida cristiana.

(18) *Is.* 42, 1.

(19) *Ga.* 2, 19.

(20) *Hb.* 4, 16.

Ha terminado la lectura de la Pasión. El drama de la cruz se hace cada vez más solemne. Esa cruz nos coloca ante Jesús, el sumo Sacerdote de la nueva Ley. Todo lo podemos esperar de su intercesión omnipotente. "Acerquémonos con confianza al trono de la gracia en el tiempo oportuno" (21), nos dice S. Pablo en la Epístola a los Hebreos. La Iglesia, confiada en ese poder y apoyada en ese Sumo y Eterno Sacerdote, se une a la plegaria de Jesús y empieza su oración "católica" universal.

Oremos en esos momentos por las grandes intenciones de la Iglesia. Oremos en unión con ella. Ser católico es olvidar los intereses pequeños y egoístas y sumergirnos en la gran plegaria de la comunidad universal, la "Ecclesia orans", la Iglesia en oración. Tras esta parte, viene la más solemne, la adoración de la Cruz.

El árbol de vida va a librarnos del mal que el árbol de muerte nos trajera.

El sacerdote descubre la cruz, mientras por tres veces canta: "He aquí el madero de la cruz, en el cual estuvo pendiente la salvación del mundo". Y toda la asamblea responde, mientras se postra en tierra: "Venid y adorémosle".

Mientras el coro canta los improperios o quejas de Jesús para con su pueblo, nosotros vamos en devota adoración a postrarnos ante esa cruz, signo de nuestra salvación.

En la reforma litúrgica que este año se inicia, la adoración toma un lugar importantísimo. Tratemos de hacer de esta ceremonia no un mero culto exterior, sino de vivirla íntimamente en nuestro espíritu.

Por último, y ésta es la gran reforma litúrgica del Viernes Santo, los fieles pueden acercarse a la Sagrada Comunión. La palabra de S. Pablo a los corintios toma toda su significación: "Cada vez que comáis de este pan y bebáis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor" (22).

Hagamos del Viernes Santo, participando activa e inteligentemente en el oficio litúrgico en ese día, un argumento que nos aliente en nuestra vida cristiana y nos haga capaces de cumplir los sacrificios que la práctica de ella exige.

6. SABADO SANTO

El Sábado Santo, es necesario que los fieles lo comprendan bien, es

"día de supremo luto, en el cual la Iglesia se detiene junto al sepulcro del Señor, meditando en su pasión y en su muerte, absteniéndose del Sacrificio de la Misa, mientras el altar permanece desierto, hasta que después de la solemne vigilia o espera nocturna de la Resurrección abre libremente su espíritu a la alegría pascual, cuya abundancia se vuelca sobre los días sucesivos" (23).

(21) *Hb.* 4, 16.

(22) *1 Co.* 11, 20.

(23) Decr. S. C. de Ritos, *op. cit.*

De modo que no es gloria, como corrientemente se dice, el Sábado Santo en la mañana, sino en la tarde o noche del sábado o el domingo, tal como históricamente aconteció la Resurrección del Señor: el sábado en la tarde, después de la puesta del sol.

Siendo la Resurrección de Cristo el hecho central de nuestra religión, siendo el bautismo el sacramento que nos hace renacer a Cristo y la Comunión aquello que nos renueva en Cristo, esta Vigilia Pascual, tiene un especial significado en la vida cristiana.

Así la Iglesia desde sus primeros tiempos dispuso nuestras almas a la recepción de las gracias divinas.

Comienza la primera parte de la Vigilia con la celebración de la luz que, en las tinieblas, símbolo de la muerte de Cristo, reina. El nuevo fuego va a ser bendecido. Con él va a encenderse el cirio pascual, símbolo de Cristo, luz del mundo. La procesión con el Cirio avanza por el templo sumido en las sombras, mientras el Diácono, por tres veces canta "Lumen Christi" (La luz de Cristo). Todos los fieles han encendido sus candelas, símbolo de fe y caridad; el himno de la alegría cristiana resuena por la boca del Diácono que canta el "Exultet", "Alégrese ya la angélica turba de los cielos". Las luces de la Iglesia se encienden, las almas se preparan a la alegría de la resurrección. La lectura de las cuatro profecías nos muestra cómo el Antiguo Testamento preparó la venida de Jesús y su obra redentora. Es también la introducción que recibimos oyendo la "Palabra de Dios", para así gustar mejor los misterios que estamos celebrando. Las letanías nos introducen en la gran corriente de la Comunión de los Santos. La Iglesia Militante implora la intercesión de la Iglesia Triunfante. Mientras la oración letánica eleva nuestras almas, se inicia el rito de la bendición de las fuentes bautismales. El bautismo es el sacramento de la iniciación cristiana. En él somos incorporados a Cristo. El encierra un misterioso significado: como Cristo el cristiano en este sacramento "es sepultado en su muerte y resucitado en su vida". En la reforma actual es posible, sin extender mucho la ceremonia, el administrar el bautismo durante la celebración de la Vigilia Pascual, lo que servirá para hacernos comprender y gustar mejor su honda significación. Todo el misterio pascual es el proceso de muerte y de resurrección. Nuestra vida antigua de enemigos de Dios desaparece. Una nueva vida brota de la tumba: la vida misma de Dios. Es el misterio de la Cruz y del sepulcro, del cual Cristo ha resurgido. Ese misterio se reproduce en cada uno de nosotros por el bautismo. Por eso, la liturgia pascual está tan íntimamente ligada con el bautismo, al cual constantemente alude. Pero el día del bautismo nosotros profesamos la fe cristiana, renunciamos al pecado iniciándonos en Dios. Esas promesas que se refieren a nuestra ascensión a hijos de Dios, esas promesas que nuestros padrinos hicieron, las vamos a renovar en esta solemne vigilia pascual. Toda la asamblea de pie, teniendo las candelas encendidas, en una gran voz va a responder a las preguntas del celebrante y a renovar las promesas de vida cristiana a que el bautismo nos obliga, para que "así como Cristo resucitó de entre los muertos, de igual modo nosotros caminemos en una nueva vida". Ha llegado la medianoche, el alba gloriosa de la pascua se alegra; el aleluya triunfal va a entonarse, trayendo a nuestras almas la alegría inefable de la resurrección. Comienza la Misa y en ella los acentos de

gloria nos anuncian que Cristo ha resucitado. Repican las campanas, anunciando la gran nueva, mientras la Iglesia nos invita con el Apóstol S. Pablo a levantar nuestras almas:

“Hermanos, si habéis resucitado conjuntamente con Cristo, buscad y gustad las cosas celestiales, no las terrenas” (24). “Ya Cristo nuestra pascua ha sido inmolado” (25).

El tiempo pascual, cumplimiento de la Iglesia, nos invita a vivirlo. Para ello hemos de acercarnos a la Sagrada Comunión. El cumplimiento de la Iglesia, que obliga gravemente, ha de hacerse en este tiempo pascual. Desde ahora, os invitamos a prepararos a la Comunión Pascual. Ningún cristiano debe omitirla. El Cordero inmolado en la Cruz nos invita al banquete eucarístico, donde vamos a recibirlo, para participar a su resurrección, vivir de su vida, sentir el llamado a la santidad que aquí se encierra y esforzarnos por dar a nuestra vida cristiana el sentido sobrenatural y eterno que ella posee. Vivir el misterio pascual ha de ser nuestro programa, prepararnos a él ha de ser el objeto de esta “santa cuaresma”. Participar en los grandes misterios redentores, siguiendo fielmente la liturgia de la Iglesia ha de ser el camino para realizarlo. Que estas reformas de la liturgia de Semana Santa sean comprendidas y apreciadas debidamente para así sacar de ella todos los frutos de renovación cristiana que la Iglesia se ha propuesto al realizarlas.

Os bendice de corazón.

(24) *Col. 2, 1-2.*

(25) *1 Co. 5, 7.*

SEMANA SANTA
LAS GRANDES HORAS DE LA HUMANIDAD (1)
(14 - IV - 1957)

Con el Domingo de Ramos se inicia la Semana Santa y con ella la conmemoración de las grandes horas de la Humanidad.

Hay un designio amoroso de Dios sobre el hombre. Y ese designio se hace realidad viviente en Cristo.

"Amó Dios de tal manera al mundo, que le dio a su Unigénito Hijo para que todo el que creyera en El, tuviera vida" (2).

Cristo viene a salvar la humanidad. Se encarna para acercarse a nosotros. Muere para redimirnos. Resucita para darnos la vida. Es el gran misterio salvador.

La Liturgia de la Iglesia nos llama en estos días no sólo a recordar, sino a revivir estos misterios. Son los grandes días de la humanidad.

Son los momentos en que el hombre piensa con mayor intensidad que Dios lo manda. Son los instantes en que, junto a la Cruz, medita en la inmensidad de ese amor. Y es, sobre todo, la hora en que sabe que Cristo resucitado le trae la vida verdadera que constituye lo íntimo y profundo de la vida cristiana.

Misterio de amor. Misterio de dolor. Y especialmente, misterio de vida.

He aquí lo que la Semana Santa rememora y hace revivir en el corazón cristiano.

Estas líneas sirven para recordar su significado. Para decir a todos los cristianos, fervorosos o tibios que "no recibamos en vano la gracia de Dios" (3).

Para pedir a todos santifiquemos estos días, que no son de esparcimiento sino de meditación, que no son de descanso, si no de oración.

Que en la meditación de las grandes verdades de la redención, la asistencia devota a los oficios religiosos y, sobre todo, la fervorosa comunión Pascual, encontremos ese contacto con Cristo que nuestras almas tanto necesitan.

Es el llamado que Dios nos hace y al cual hemos de saber generosamente responder.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Jn.* 3, 16.

(3) *2 Co.* 6, 1.

JUEVES SANTO (1)
(23 - IV - 1943)

A través de los siglos siguen resonando las palabras taumaturgas del Mastro: "Haced esto en memoria mía" (2).

La Eucaristía, el gran memorial, ha sido instituido para hablarle a los hombres del amor de Dios que se inmola y del amor de Dios que se da.

Y junto con la Eucaristía, el Sacerdocio, para perpetuar este adorable misterio. "Haced esto en memoria mía".

Hoy Jueves Santo, la Iglesia conmemora la institución de estos dos sublimes Sacramentos: el de la Eucaristía y el del Orden Sacerdotal.

Es día grande para el alma cristiana. Es día en que toda la humanidad sobrecogida recibe de labios divinos el precepto de la fraterna caridad: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado" (3).

A celebrar santamente este día invito al pueblo cristiano de Talca, pidiéndole vaya a visitar a Jesús Sacramentado a los "monumentos" donde está expuesto hoy a la adoración de los fieles.

Reavivemos la piadosa costumbre de las "estaciones" (visitar siete iglesias para adorar en ellas a Jesús), tan floreciente en otras ciudades de Chile y tan en decadencia entre nosotros.

Os invito a la solemne Hora Santa, primer acto oficial de adhesión a nuestro Congreso Eucarístico Diocesano, que predicaremos hoy a las 9,30 P. M., en la Parroquia del Sagrario.

Oigamos en el fondo del alma las palabras de Jesús:

"Haced esto en memoria mía".

(1) Publicado *D. M.*, pág. 3.

(2) *Lc.* 22, 19.

(3) *Jn.* 13, 34.

JUEVES SANTO
MISTERIO REDENTOR (1)
(6 - IV - 1944)

Conmemora hoy la Iglesia la institución del Sacramento de la Eucaristía. Es el testamento supremo del amor de Cristo a sus hijos. Es la donación plena de su ser a la humanidad. Su carne es comida, su sangre es bebida. La vida de Dios comunicada a los hombres. Preludio de la pasión sangrienta que ha de ofrecer la víctima divina, el misterio de la última Cena perpetuará hasta el fin de los siglos el sacrificio redentor. "Haced esto en mi memoria" (2).

Mañana en la soledad del Calvario, Cristo ofrecerá su vida por los hombres. Y la humanidad desgarrada escuchará entre los gritos de venganza y de odio las palabras supremas del perdón y de la caridad infinita.

Llamo a mis amados fieles a conmemorar devotamente estas fiestas. La semana no es un "weekend" para el cristiano. Es la meditación atenta y recogida del amor de un Dios que muere y se da por los hombres.

Pido acercarse hoy a recibir a Jesús Sacramentado y a visitarlo durante el día en los "monumentos" donde se encuentra expuesto a la adoración de los fieles. Invito a la solemne "Hora Santa" que predicaremos a las 10 P. M., en el Sagrario. Pido la piadosa celebración del Viernes Santo, la asistencia a los Oficios en la mañana, al ejercicio de las "Tres Horas" y al solemne "Vía Crucis" que tendrá lugar a las siete de la tarde del Viernes alrededor de la Plaza de Armas.

Que los brazos abiertos de la Cruz extiendan sobre el mundo un amplio signo de unión, que bajo ese signo los hombres se reconozcan hermanos y que junto al Corazón del Maestro beban la verdadera vida y hallen la paz que el mundo no puede dar.

Por estas intenciones pido orar a los fieles en estos días y los invito a participar unidos con la Iglesia en los grandes misterios de la Redención.

(1) Publicado *D. M.*, pág. 3.

(2) *Lc.* 22, 19.

VIERNES SANTO (1)
(23 - IV - 1943)

“Sobre el monte tenebroso, levantad el signo” (2), llamaba Isaías el Profeta ochocientos años antes de la venida del Señor.

Y sobre el Gólgota oscurecido con tinieblas de muerte se alzó el gran Signo de la Redención: la Cruz.

Ella domina la historia de veinte siglos marcando a la humanidad el derrotero de su dicha. En vano los hombres han pretendido abatirla. “La Cruz permanece mientras el mundo pasa”.

Cruz que nos habla del renunciamiento indispensable al hombre para poseer la verdadera libertad. Cruz que nos habla de amor porque en ella Cristo, el Hombre - Dios, nos dice: “No hay mayor amor que el de Aquél que da la vida por sus semejantes” (3).

Esa Cruz, en el día que la Iglesia conmemora la gran Tragedia, agrupará al mundo cristiano en un idéntico pensamiento; amar a ese Dios que nos ha amado hasta este extremo.

Hoy es día de recogimiento y de oración. A las dos de la tarde nuestros templos congregarán a los fieles en la devota meditación de la “tres horas”.

A las siete y media saldrá de la Parroquia del Sagrario el solemne Vía Crucis que recorrerá la Plaza de Armas en homenaje de reparación y amor al Divino Crucificado.

Mientras el mundo ensombrecido por sangre y odio se consume en lucha fratricida nosotros nos acercamos al Único que puede darnos la paz.

“Sobre el monte tenebroso, levantad el Signo”.

Sobre la humanidad en tinieblas refulge hoy como suprema esperanza el Signo de la Cruz.

A las “tres horas” en nuestros templos y al solemne Vía Crucis de las siete y media de la tarde en la Plaza de Armas invito a todos los católicos de Talca.

Sean estos actos una nueva afirmación de que todos anhelamos el reinado de justicia y amor que brota del Divino Crucificado.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Is.* 13, 2.

(3) *Jn.* 15, 13.

VIERNES SANTO (1)
VENID Y ADOREMOSLE
(26 - III - 1948)

La voz de la Iglesia rompe el silencio de este día santo para exclamar: "He aquí el madero de la Cruz del cual pende la salvación del mundo. Venid y adorémosle".

Es el misterio de la Redención que se consuma.

"Dios ha amado de tal manera al mundo que le da a su Hijo Unigénito" (2).

Y Cristo, el Hombre-Dios, "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (3).

El Salvador muere para que la humanidad viva.

El inocente se hace culpable **para redimir al reo.**

Del madero de la Cruz pende la salvación del mundo.

"Venid y adorémosle", invita la Iglesia.

Reconozcamos en Cristo la verdad que ilumina sobre el sentido de la vida, la fuerza que sostiene en el camino del deber arduo y fatigoso, el lazo que hace a los hombres mirarse como hermanos.

"Venid y adorémosle".

Esa cruz es signo de amor, de justicia y de paz.

De amor, que nos prueba en el sacrificio la magnitud de la Caridad Divina.

De justicia, que reconcilia al hombre con Dios y lo estrecha con sus semejantes.

De paz, que pacifica en su sangre todo lo que existe en el cielo y en la tierra.

"Venid y adorémosle".

No hay otra salvación para la humanidad.

O luce sobre el mundo el signo amoroso de la Cruz, o lucirán los signos destructores del odio.

Hoy como nunca Cristo nos dice:

"Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida" (4).

"Venid y adorémosle".

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 3.

(2) *Jn.* 3, 16.

(3) *Jn.* 13, 21.

(4) *Jn.* 14, 6.

A rendirle un triple homenaje, os invita vuestro Obispo; el de meditar en su muerte asistiendo al ejercicio de las Tres Horas, el de concurrir a las 7 P. M., al solemne Vía Crucis en la Plaza de Armas y el acercarnos a recibirlo eucarísticamente el Domingo, Pascua de Resurrección del Señor.

Su muerte nos da la vida.

“Venid y adorémosle”.

SABADO SANTO:
DIA DE DOLOR Y NO DE GLORIA (1)
(28 - III - 1959)

La humanidad vela junto al sepulcro de Cristo.

Hoy Sábado Santo es día de duelo y de preparación.

En la mañana, a las 10, predicaremos en la Iglesia Catedral una meditación para disponernos al gran misterio pascual. Igualmente predicaremos otra meditación en la Catedral a las 16 horas.

La Iglesia nos dispone a la Vigilia Pascual. Es el gran misterio del cristianismo, la resurrección de Cristo. Ella nos habla del tránsito de la muerte a la vida, del pecado a la gracia.

A las 22 horas se inicia en la Catedral la solemne Vigilia Pascual. Participemos en ella, conozcamos el gran triunfo de Cristo.

Sepamos sobre todo comprender el llamado que estas fiestas encierran y que San Pablo nos expresa: “Si habéis resucitado conjuntamente con Cristo, buscad y gustad las cosas celestiales, no las terrenales” (2).

Es llamado a acercarnos a El en la Comunión Pascual. Hoy, es el día en que de un modo especial la Iglesia nos invita a recibir a Jesús.

Se entonará el “Alleluia” de triunfo y de alegría, mientras las campanas anuncian la gran nueva que Cristo ha resucitado, sintamos resonar en nuestros corazones este llamado a resucitar en vida de gracia y renovación, de vida cristiana con aquel que por redimir muere y por darnos la vida verdadera, resucita.

(1) Publicado en *D. M.*, pág. 2.

(2) *Col.* 3, 1-2.